

ANTROPOLOGÍA DEL DESARROLLO: ENTRE LA MÁQUINA ANTI-POLÍTICA Y LA MÁQUINA DESEANTE

ALEX MARTINS MORAES

*Doctorando en Antropología en el Instituto de Altos Estudios Sociales (Argentina) y becario CONICET
Contacto: alexmartinsmoraes@gmail.com*



RESUMEN

ABSTRACT

En las últimas décadas el campo de la antropología del desarrollo estuvo pautado por una disyuntiva entre los estudios centrados en la gubernamentalidad y los abordajes enfocados en la agencia. En el presente artículo reviso los términos de esta dicotomía y sugiero que es posible desplazarla mediante una ampliación de nuestras matrices conceptuales. A lo largo del texto demostraré que el concepto deleuzo-guattariano de máquina deseante nos permite analizar las intervenciones desarrollistas no solo como instrumentos del poder u objetos de la agencia, sino también como procesos que inauguran nuevos horizontes de imaginación política y organización colectiva. Complementaré mi argumento con una breve exposición de la metodología de análisis empírico que estoy utilizando en una investigación en curso, sobre la reactivación de la agroindustria cañera en el extremo norte del Uruguay.

Palabras clave: antropología del desarrollo, máquina anti-política, máquinas deseantes, etnografía, Uruguay

A disjunction has marked the studies of anthropology of development along the past few decades; while some have centered on governmentality, others have rooted on agency issues. In this paper I will review the terms upon which this dichotomy rests and suggest that it is factually possible to displace it, provided we first widen our conceptual frameworks. Along the text I will point to the fact that the Deleuzian-Guattarian concept of desiring machine enables us to analyze developmentalist interventions, not only as instruments of power or objects of agency, but also as political processes that trigger new political imagination and collective organization landscapes. I include a brief description of the empirical analysis methodology that I am employing in my ongoing field research about the reactivation of the sugarcane industry in Northern Uruguay.

Key words, anthropology of development, desiring machine, anti-politics machine, ethnography, Uruguay

«¿QUÉ ES PUES LO QUE SE DESARROLLA?»

La pregunta planteada por Aníbal Quijano (2000) en un texto publicado hace quince años sintetiza muy bien lo que ha sido la *démarche* de un amplio abanico de investigaciones sobre el desarrollo realizadas en las ciencias sociales de las tres últimas décadas. Este período, que sobrevino al debilitamiento de las teorías de la modernización de los años cincuenta y al relativo estancamiento de los enfoques de la dependencia hacia fines de los setenta, se ha caracterizado por una inquietud analítica respecto de las dimensiones discursivas y operativas asociadas a la noción de desarrollo. Se trataba de abandonar los preceptos etnocéntricos que orientaron las teorías de la modernización en su búsqueda del subdesarrollo por los «orígenes culturales» y de ir más allá del señalamiento de las relaciones de dependencia sistémica que obstruían el desarrollo del Tercer Mundo. La respuesta a este doble desafío se materializó en descripciones más finas sobre las articulaciones entre economía, política, sociedad y cultura en cada una de las regiones atravesadas por las dinámicas expansivas del sistema-mundo capitalista. En este contexto de producción intelectual, muchos científicos sociales empezaron a preocuparse por entender qué era lo que el desarrollo desarrollaba, cómo lo hacía y con qué consecuencias. Dada su vocación por el estudio pormenorizado de las relaciones sociales y los procesos de encuentro y transformación cultural, algunos antropólogos han ofrecido respuestas particularmente fructíferas a este conjunto de preocupaciones, inaugurando con ello un campo disciplinar conocido como «antropología del desarrollo».

La presente intervención¹ retoma algunas de las respuestas ofrecidas desde la antropología a la interrogante que abre el párrafo anterior. Aunque no es mi intención hacer la reseña exhaustiva de los principales debates que han pautado la antropología del desarrollo en las últimas décadas² mencionaré, en la segunda parte de esta introducción, algunas perspectivas teóricas cuya notable repercusión académica las convierte en referencias ineludibles en dicho campo disciplinar.

Me refiero a los trabajos basilares de Arturo Escobar y James Ferguson inspirados, de diferentes formas, en los estudios poscoloniales y la analítica foucaultiana

del poder. En el primer acápite del artículo revisaré un conjunto de propuestas que procuran cuestionar o expandir las matrices conceptuales de la antropología del desarrollo, ya sea mediante enfoques dialéctico-relacionales informados por la noción agencia o a través de perspectivas diferenciales orientadas por el concepto de deseo. En los siguientes apartados argumentaré en favor de la segunda perspectiva, demostrando que el concepto deleuzo-guattariano de máquina deseante permite analizar las intervenciones desarrollistas no sólo como instrumentos del poder u objetos de la agencia, sino también como procesos que inauguran nuevos horizontes de imaginación política y organización colectiva. Complementaré el argumento con una breve exposición de la metodología de análisis empírico que estoy empleando en una investigación en curso sobre la reactivación de la agroindustria cañera en el extremo norte del Uruguay³.

En la década de los noventa, algunos estudios antropológicos influenciados por el posestructuralismo de matriz foucaultiana concentraron sus esfuerzos en exotizar la categoría discursiva «desarrollo» y extrañar las prácticas sociales vinculadas ella. Ambos procedimientos contribuyeron a la disolución del aura de neutralidad política que envolvía el «desarrollo» y permitieron trazar sus implicaciones en términos de los efectos de poder que es capaz de producir en tanto régimen discursivo anclado en instituciones sociales concretas. El libro de Arturo Escobar intitulado *La invención del Tercer Mundo: construcción y desconstrucción del desarrollo* es un análisis intensamente documentado de los fundamentos de la noción de desarrollo y sus implicancias geopolíticas. De acuerdo con Escobar (1995), el desarrollo consiste, fundamentalmente, en un régimen de representación que abarca prácticas institucionales orientadas a la circunscripción de lugares de poder desde los cuales algunos sujetos estarían en condiciones de enunciar legítimamente el presente y el futuro de la sociedad, bien como los procedimientos necesarios para pasar del uno al otro.

¹ Agradezco a Silvana Merenson, Daniel Etcheverry y a los dos evaluadores anónimos de la revista *Trama* por sus valiosos aportes a la redacción de este artículo.
² Una amplia reseña de los estudios antropológicos sobre el desarrollo puede encontrarse en un artículo reciente de David Mosse (2013).

³ El trabajo de investigación se lleva a cabo en el marco de mis estudios de doctorado en Antropología en el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES-UNSAM) con financiación del CONICET.

El trabajo de Escobar emerge en un ambiente crítico en el cual se sostiene que los métodos y las justificativas que han informado los sucesivos paradigmas desarrollistas desde los años cincuenta son indisociables de la episteme moderna (cf. Escobar, 1995; Esteva, 1996; Quijano, 2000), de su fe inquebrantable en las soluciones técnicas aportadas por la ciencia, de su tendencia positivista que desvincula hechos y valores a la hora de establecer «soluciones racionales» adecuadas y de la escisión que opera en la economía, promoviéndola como parámetro de regulación social por encima de otras esferas de la vida colectiva. Inscrita en la episteme moderna, la pretensión desarrollista «se convierte en un poderoso instrumento de normalización» capaz de producir el Tercer Mundo como objeto de poder en términos económicos, culturales y sociales (Escobar, 1995: 84). En este aspecto, la perspectiva de Arturo Escobar coincide con la de James Ferguson, para quien «igual que ‘civilización’ en el siglo XIX, ‘desarrollo’ es el término que describe no sólo un valor, sino también un marco interpretativo o problemático a través del cual conocemos las regiones empobrecidas del mundo». (Ferguson, 1994:13).

La etnografía de Ferguson (1994), sobre un proyecto de desarrollo rural implementado en Lesotho en los años ochenta, ha sido muy influyente en el campo de la antropología del desarrollo. Su trabajo llama la atención sobre los efectos inesperados de los proyectos de intervención, y demuestra que el desarrollo hace mucho más que expandir el capitalismo y someter los modos de vida de las poblaciones locales. Ferguson sugiere que a la hora de analizar las condiciones de posibilidad y las consecuencias del desarrollo es importante evitar explicaciones «caja negra» del tipo «las cosas son así porque el capital exige que así lo sean». Si queremos entender el sentido concreto de las intervenciones desarrollistas no basta con etiquetarlas con el nombre de aquello a cuyos intereses ellas sirven. Tampoco es suficiente denunciar su fracaso o intentar explicarlo. La cuestión, en cambio, es analizar el establishment desarrollista como una institución social en el sentido exacto del término; una institución que está amparada y mantenida «no por el capitalismo en abstracto, sino por intereses político-económicos específicos en cada caso». (Ferguson, 1994: 32).

Ferguson sostiene que la pregunta correcta que debemos plantear a los proyectos de desarrollo no es si han fracasado o no en sus objetivos económicos declarados, sino qué es lo que hacen concretamente,

es decir, qué funciones cumplen en un lugar y momento determinados.

Según el autor, las medidas desarrollistas hacen multiplicar efectos secundarios (side effects) no-económicos que exceden la capacidad de predicción de las agencias planificadoras. En Lesotho, por ejemplo, dichos efectos secundarios se habrían reflejado en la estatalización y la gubernamentalización de la vida social, evidenciadas por el incremento de las infraestructuras administrativas de un estado represivo y la despolitización de los grandes debates públicos y medidas intervencionistas. En síntesis, para Ferguson el desarrollo puede asumir el aspecto de una verdadera máquina anti-política que favorece la verticalización de la toma de decisiones y el fortalecimiento del poder burocrático al hacer que decisiones netamente políticas suenen como soluciones técnicas para problemas técnicos.

REACCIONES AL IMPASSE POSESTRUCTURALISTA

A partir de los años 2000, varios científicos sociales (cf., por ejemplo, Arce y Long, 2000; Pottier, 2003; Friedman, 2006; Mosse y Lewis, 2006; de Vries, 2007) han diagnosticado un impasse en la crítica y el análisis posestructuralistas del desarrollo. Dichos investigadores reconocen que el posestructuralismo ha permitido comprender cómo los discursos desarrollistas moldean los paisajes de la pobreza global, pero le reprochan su tendencia a presentar el desarrollo como una gramática monolítica e inmutable. Esta tendencia enmascararía el hecho de que el desarrollo realmente existente es un proceso dialéctico (Friedman, 2006: 204), susceptible de ser negociado, explorado, contestado y cooptado por quienes se encuentran involucrados en él. Más que un régimen discursivo, el desarrollo sería entonces una categoría de la práctica (cf. Mosse, 2013) cuya significación se da al calor de intensas luchas ideológicas, en las cuales remesas de significado elaboradas desde las instituciones planificadoras entran en diálogo y tensión con los intereses políticos y los universos de significados de las poblaciones afectadas.

Para un antropólogo como John Friedman (2006), la superación del impasse posestructural en la antropología del desarrollo dependería del cumplimiento de dos imperativos, uno de orden

teórico y otro de orden metodológico. El primero de ellos nos exhorta a volver a pensar en términos de agencia y dialéctica –en vez de hacerlo en clave de hegemonía– y el segundo propone un retorno al «único método» de la disciplina antropológica: la descripción densa. Este cambio de enfoque apuntaría a sintonizar la antropología del desarrollo con un enérgico interés por la agencia y la capacidad imaginativa de quienes son interpelados, en algún momento de sus vidas, por el establishment desarrollista. Los demás críticos de la prominencia del posestructuralismo en la antropología del desarrollo suelen coincidir con Friedman, por lo menos en lo que atañe a la importancia de operar un pasaje de la textualidad a los actores y de reconocer que el desarrollo está siempre expuesto al poder transformador de las demandas locales (cf. Radomsky, 2011a).

Ante la necesidad de ampliar los cuadros de análisis de la antropología del desarrollo, Pieter de Vries (2007; 2015) logra elaborar una alternativa teórica realmente creadora. Evitando los llamados a la ortodoxia, el autor no pretende poner en detrimento el análisis crítico del discurso desarrollista en favor del retorno a las posturas metodológicas más tradicionales. Su propuesta, por el contrario, podría ser leída como una invitación a sumar metodologías e incorporar nuevos énfasis en nuestros trabajos de campo. De Vries está en alguna medida de acuerdo con los enfoques presentados por Arturo Escobar y James Ferguson, sin embargo para él resulta fundamental descentrar una excesiva preocupación por la gubernamentalidad para poder visualizar los efectos ideológicos de la máquina anti-política. Este procedimiento implicaría reconocer –tomando en cuenta los aportes teóricos de Deleuze y Lacan– que más allá de la despolitización y la penetración burocrática mencionadas por Ferguson, el desarrollo origina otros dos efectos instrumentales, a saber: la generación y la banalización del deseo de desarrollo.

En consecuencia, lo que propone De Vries es conceptualizar las intervenciones desarrollistas no solo como aparatos de gubernamentalización, sino también como máquinas que generan y estimulan deseos para, posteriormente, acabar con ellos. Es importante subrayar que, para este autor, entre la promesa del desarrollo y su reiterada frustración proliferan proyecciones e intensidades que instalan un sujeto deseante capaz de inaugurar horizontes inusitados de imaginación política. Es en el reconocimiento de dicho sujeto donde reside el aguijón crítico de la

propuesta de De Vries: habría que tomar en serio la promesa del desarrollo y llenar el vacío suscitado por su incumplimiento con un deseo que no se resigna a la eterna alternancia entre estímulo y aniquilación de la esperanza.

Como observa Guilherme Radomsky, la perspectiva de Pieter de Vries nos lleva a indagar no solo en los «discursos y prácticas actualizadas, sino también [en] lo virtual, [en lo] que es buscado y nunca es alcanzado, los deseos y la imaginación en torno a lo que es desarrollo». Desde esta perspectiva, aunque «la imposibilidad [de realización de los deseos] pueda parecer ineluctable, ello no invalida que [las] referidas aspiraciones puedan poner a las personas en acción; lo que el análisis puede descubrir es el potencial utópico de tales promesas y cómo ellas actúan». (Radomsky, 2011:12).

DE LA MÁQUINA ANTI-POLÍTICA A LA MÁQUINA DESEANTE

Pese a sus discrepancias, la mayoría de los antropólogos que se abocan al estudio de las intervenciones desarrollistas parecen estar de acuerdo en que, independientemente de lo que afirme una política de desarrollo o de cuáles sean sus postulados implícitos, ella siempre deberá producir en acto –y en medio de situaciones ampliamente impredecibles– sus propias condiciones de posibilidad. Si un proyecto de desarrollo ha logrado implementarse, ello significa que un cierto orden de las cosas, con todas sus imprevisibilidades, pudo ser provisionalmente establecido y resguardado. El trabajo de James Ferguson nos permitió comprender que en Lesotho ese virtuoso «orden de las cosas» consistía, justamente, en dejar multiplicar los efectos secundarios (side effects) del desarrollo sin negociarlos políticamente. La anti-politicidad de la máquina desarrollista –su capacidad de volver efectivos grandes emprendimientos de infraestructura sin consultar a las personas que se verían afectadas por ellos– fue el resultado de la confluencia de múltiples grupos de interés que, para operar en conjunto, estaban dispuestos, todos ellos, a prescindir de por lo menos una cosa: la política.

Ahora bien, sería razonable preguntarse, junto a los críticos del posestructuralismo, acerca de lo que pasa con las personas que son excluidas de la política por

el aparataje desarrollista. ¿Cómo reacciona la gente ante la multiplicación de un sinnúmero de efectos de poder que nada tienen que ver con sus supuestas aspiraciones? Como vimos, John Friedman propuso corregir las carencias del enfoque de Ferguson mediante un regreso a la descripción densa de las relaciones dialécticas entre todos los actores afectados por un proyecto de desarrollo. La alternativa señalada por Pieter de Vries es sustancialmente distinta a la anterior. Para él el desarrollo posee, sí, una dimensión inevitablemente anti-política en la medida que es capaz de aplazar o traicionar las expectativas que genera en su entorno. Pero justamente porque se nutre –parasita, diría el autor– de una multiplicación ingobernable de expectativas, el desarrollo termina estimulando algo que es irreductible a cualquier subordinación o frustración. Los side effects del desarrollo no se limitan, por lo tanto, a un conjunto visible de efectos de poder, sino que también contemplan la producción deseante, es decir, la producción de lo que puede venir a ser.

Sin embargo, la descripción densa de la relación dialéctica entre los distintos actores involucrados en una intervención desarrollista no es suficiente para permitirnos acceder a dicha producción deseante. Esta insuficiencia se debe a una razón muy simple que no tiene exactamente que ver con las limitaciones del método propuesto por Friedman, pero sí con la estrechez de su recorte analítico: es que cuando hablamos de deseo ya no estamos hablando de dialéctica, sino de diferencia(ción). Por más que se intente negociar las necesidades e intereses en juego en una situación marcada por el desarrollo, habrá siempre algo que quedará afuera, que no será contemplado, que se desviará de las (re) resoluciones establecidas. Ese «algo», imposible de encontrar en los espacios de mediación donde se toman decisiones, se reproducen jerarquías y se dirimen contradicciones, es el deseo.

Inspirada en el lema ético lacaniano (ne pas céder sur son désir), la exhortación a «no comprometer vuestro deseo de desarrollo», que da título a un trabajo de De Vries (2007), es también una invitación a seguir el devenir de la diferencia más allá de los horizontes de posibilidad delimitados por este o aquel proyecto de desarrollo. Desafortunadamente, el autor no ofrece criterios metodológicos precisos para sintonizar la investigación empírica en ciencias sociales con el análisis de la producción deseante. Sin embargo, su reflexión es lo suficientemente sugerente como para

que tomemos en serio tal desafío. Pero ¿por dónde empezar a mapear el devenir del deseo en el campo social? En los próximos acápite trataré de responder a esta pregunta en dos niveles argumentativos. Primero explicitaré en forma muy esquemática a qué me refiero cuando hablo de estudiar empíricamente la producción deseante. Enseguida, tomando por base mi trabajo de campo en el norte uruguayo, señalaré algunas estrategias metodológicas que estoy empleando para abordar sur le terrain el funcionamiento de las máquinas deseantes.

LA ESPECIFICIDAD DEL MARCO ANALÍTICO

Para poder delimitar en forma sucinta lo que concibo por «producción deseante» voy a contrastar dicha categoría con dos nociones que a primera vista se le asemejan: «agencia» y «contra-tendencia». Ambas nociones son recurrentes en la llamada «nueva etnografía del desarrollo» y reflejan el esfuerzo de algunos autores por adoptar perspectivas relacionales que les permitan trascender el monolitismo inherente a ciertas concepciones de hegemonía, dominación y resistencia. La idea de «agencia» que aparece en los trabajos de la academia anglosajona abocados a la temática del desarrollo se refiere a la capacidad de los sujetos para reaccionar en forma intencionada ante los regímenes normativos que los interpelan, desencadenando con ello la eventual transformación de las relaciones sociales en las que están insertos. Tania Murray Li y David Mosse sostienen, respectivamente, que estas reacciones se expresan bajo la forma de reclamos que unos agentes son capaces de hacer en el marco de –o en oposición a– los reclamos de otros agentes (Li, 1999: 316) y constituyen una especie de uso subversivo de los guiones autorizados por los proyectos de desarrollo (Mosse, 2004: 642)¹. A su vez, la idea de «contra-tendencia(s)» es tributaria de una antropología preocupada por las formas en que el desmembramiento y la reconfiguración de los constructos de la modernidad occidental pueden desencadenar la proliferación de modernidades alternativas. En lo concerniente a los proyectos de intervención, Arce y Long (2000) sugieren que la noción de «contra-tendencia» ayudaría a revelar cómo los actores locales engendran mezclas singulares de discursos y valores hegemónicos y no-hegemónicos,

¹Mosse subscribe el modelo de agencia elaborado por Michel de Certeau (2008) para quien las estrategias del poder son inevitablemente vampirizadas por procedimientos tácticos «dentro del campo de acción del enemigo» que permiten a los dominados tomar en sus manos –parcial y transitoriamente– las reglas del juego social.

en el intento de reconstruir sus propios mundos sociales².

El estudio de la producción deseante –tomada aquí en su acepción deleuzo-guattariana– interroga los procesos transformacionales en su dimensión expansiva, es decir, más allá de los guiones autorizados y los marcos hegemónicos que los condicionarían. Tanto la agencia como las contra-tendencias se desarrollan en torno al eje de la norma hegemónica, lo que implica decir que constituyen reacciones específicas de los sujetos a las prácticas y las significaciones difundidas y resguardadas por una determinada configuración de poder. La producción deseante, por otro lado, no es reactiva, sino afirmativa y creadora. Se podría incluso decir que ella precede –y subsiste– a la estabilización de las relaciones sociales y a la propia formación de los sujetos. En efecto, para Deleuze las posiciones de sujeto y los sistemas de relaciones sociales que las resguardan deben engancharse en la producción deseante para poder existir, para lograr actualizarse. En este sentido, los procesos de significación, los investimentos de poder y todos los demás intentos de atribuir un sentido al mundo serían al mismo tiempo afecciones³ del deseo (Deleuze, 1995: 16) y procedimientos de fijación que el deseo evade permanentemente.

Deleuze y Guattari han forjado la expresión «máquina deseante» para enfatizar que el deseo, lejos de ser natural, espontáneo o indiferenciado, deriva de cierto tipo de producción y por lo tanto puede ser «montado» (Cf. Guattari y Rolnik: 350). El montaje de las máquinas deseantes se da mediante agenciamientos colectivos de deseo, los cuales consisten en experimentos que ponen en relación una variedad muy heterogénea de componentes maquínicos –conceptos, memorias, mitos, cuerpos, territorios– capaces de originar nuevos contextos de universo, es decir nuevas constelaciones de registros de referencia (cf. Guattari, 1984:5). Este tipo de agenciamiento describe el intento provisional de circunscripción de un plano de realidad, en el cual ciertos elementos ganarán relevancia en función de las posibilidades que en ellos se tratará de explorar en una situación determinada. El agenciamiento es colectivo porque en él «participan componentes heterogéneos (...) de orden biológico, social, maquínico, gnoseológico, etc.» (Guattari; Rolnik, 2006:365) los cuales, no obstante su diversidad, son movilizados en conjunto –i.e. referenciados mutuamente– para desencadenar

procesos de subjetivación que «sugieren, capacitan, solicitan, incitan, encorajan e impiden ciertas acciones, pensamientos y afectos o promueven otros» (Lazzarato, 2014:32).

El análisis de un agenciamiento colectivo de deseo⁴ consiste, básicamente, en saber cuáles son los elementos que confluyen en su montaje y para qué sirven, siendo imposible determinar de antemano su sentido y sus consecuencias. Lo que sí se puede decir a priori de los agenciamientos de deseo es que a cada uno de ellos corresponde una forma singular de decir las cosas y de ponerlas en articulación. Esta constatación muy sencilla demarca la especificidad de la producción deseante respecto de los procesos abarcados por las nociones de agencia y contra-tendencia. Mientras que agencia y contra-tendencia son formas de reaccionar ante la norma y de manipular las remesas de significado hegemónicas, las expresiones del deseo, por otra parte, no son otra cosa sino lo que ellas mismas producen, es decir que no hay que interpretarlas en el marco de ninguna configuración simbólica o sistema de dominación establecido, sino que hay que seguirlas en su devenir enunciativo, en su tornarse algo. Una analítica del deseo evita pensar los procesos de transformación social únicamente a partir de marcos relacionales preconcebidos («contexto», «coyuntura») para, en el sentido opuesto, indagar en lo que puede haber de singular y creador en el desbordamiento de ciertas relaciones sociales. Antes de proseguir es necesario hacer una aclaración: aquí no se trata de obviar las formaciones hegemónicas, sino más bien de tomar en serio la potencia enunciativa de los excesos que las perturban.

Se podrá argumentar que a pesar de la imprevisibilidad y la versatilidad de la acción humana, es muy difícil –y quizás contra-intuitivo– pensarla por fuera de las relaciones dialécticas que oponen la norma a la agencia o la hegemonía a la contra-tendencia. Sin embargo, la analítica del deseo no se propone abordar las reacciones particulares e intencionadas de los individuos frente a las remesas de significado dominantes. El desafío consiste más bien en poner entre paréntesis lo que pasa con el individuo constituido para evaluar de qué modo la multiplicación incesante de conexiones posibles entre cosas, conceptos, territorios, cuerpos, etc. autoriza y al mismo tiempo debilita la estabilización

⁴ Jeremy Gould (2007) fue quizás el primero en conceptualizar las dinámicas del desarrollo como «agenciamientos colectivos». Su modelo propone analizar los procedimientos necesarios para articular y estabilizar la heterogeneidad intrínseca en las intervenciones desarrollistas mediante el mapeo de las epistemes, tecnologías y artefactos en torno a los cuales el desarrollo es coordinado. Sin embargo, Gould no profundiza en la reflexión sobre las tendencias «desterritorializantes» que pervierten el lenguaje, la expertise y los postulados del desarrollo. Estas tendencias, que son clasificadas por el autor como «estrategias contra-hegemónicas», adquieren en mi propuesta analítica el estatuto de «agenciamientos colectivos de deseo» cuya conformación, al ser análoga a la de cualquier otro agenciamiento, amerita criterios específicos de abordaje empírico.

² David Gow (2010) elabora un abordaje semejante al de Arce y Long en su densa etnografía sobre el desplazamiento de poblaciones indígenas en Colombia.

³ La palabra afección (affection) debe ser entendida, aquí, tanto en el sentido de «apego» o «inclinación» como en el de «enfermedad».

de los significados, la emergencia de la norma y la producción de los sujetos. Para la analítica del deseo, los procesos de normalización, sujeción y fijación del significado no son más que el intento momentáneo de estabilizar un conjunto limitado de conexiones entre elementos diversos que serán siempre retomados y rearticulados en otras líneas autónomas de devenir.

La creación de un marco analítico proclive al mapeo de las dinámicas del deseo exige el reposicionamiento de las nociones reactivas de agencia y contra-tendencia. En dicho marco, ambas nociones pasarán a ser utilizadas únicamente para describir la acción de los sujetos individuados frente a la norma. En lo que atañe específicamente al análisis de la producción deseante, agencia y contra-tendencia perderán su centralidad y serán consideradas como índices de un proceso afirmativo de diferenciación que requiere nuevas estrategias metodológicas para ser abordado. Por desarrollarse en el plano del deseo, tal proceso afirmativo no posee carácter oposicional-reactivo y tampoco se inscribe en el seno de las formaciones discursivas hegemónicas, aunque estas lo puedan cooptar por medio de investimentos de poder. Para salir de lo abstracto pasará a otro nivel argumentativo, procurando indicar algunas situaciones de mi trabajo de campo en el norte uruguayo que serían buenas puertas de entrada al estudio empírico de la producción deseante.

SINTONIZAR EL TRABAJO DE CAMPO CON LA ANALÍTICA DEL DESEO

A lo largo del año 2006 el flamante gobierno nacional de la coalición uruguaya de centro-izquierda Frente Amplio dio inicio a un proceso de paulatina ampliación de la agroindustria sucro-alcoholera en la noroesteña ciudad de Bella Unión. La expansión de la agroindustria incluyó la reforma y la estatización del ingenio azucarero local, y la distribución de créditos a la producción con el objetivo de incrementar sustancialmente el área de caña plantada. En sus inicios, esta importante intervención desarrollista fue calificada por algunos representantes del gobierno uruguayo como la piedra fundamental del nuevo País Productivo que nacía en Bella Unión.

El rescate de la producción cañera era una demanda que los diversos sindicatos de trabajadores y asociaciones de productores de la zona venían planteando a las

autoridades del Poder Ejecutivo desde principios de los años 2000. Sin embargo, cuando el reclamo fue finalmente contemplado en la agenda política del gobierno, se produjo un dramático conflicto agrario cuyas consecuencias repercutirían a lo largo del ulterior proceso de implementación del proyecto sucro-alcoholero. En enero de 2006, algunos meses antes de la inauguración de la primera zafra auspiciada por la nueva política desarrollista, asalariados rurales y pequeños productores encabezados por la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (utaa)¹ decidieron ocupar tierras cercanas al ingenio para denunciar la asignación de créditos a grandes productores privados y reclamar que las inversiones públicas programadas para Bella Unión fueran utilizadas en beneficio del acceso a la tierra por parte de los sectores menos favorecidos de la población.

Ante la primera ocupación organizada de tierras de la historia uruguaya, Alcoholes del Uruguay s.a. (alur), la empresa estatal responsable del ingenio, emprendió lo que su presidente, Raúl F. Sendic, había denominado una «reforma agraria alquilada»². Mediante este procedimiento, alur arrendaba campos a otros productores de la zona para luego dividirlos en pequeños lotes y repartirlos entre los trabajadores y pequeños productores demandantes de tierras.

La empresa también estableció convenios con el Instituto Nacional de Colonización para que se crearan nuevas colonias agrícolas abocadas, esencialmente, al cultivo de la caña de azúcar. Estas dos modalidades de reparto de la tierra dieron origen a diversos emprendimientos productivos que están integrados, en su mayoría, por miembros y ex miembros de utaa.

La Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas entendió que el monocultivo cañero no contemplaba su histórica demanda de «tierra para el que la trabaja», enunciada por primera vez en los albores de los años sesenta como una especie de síntesis de las aspiraciones políticas de los asalariados rurales del norte del país. En tiempos de Uruguay Productivo, el retomar la lucha por «tierra para el que la trabaja» alude a la necesidad de superación del trabajo zafral mediante una reforma agraria auténtica, impulsada por financiamientos

¹ UTAA representa, actualmente, a unos mil quinientos cortadores de caña de azúcar en la ciudad de Bella Unión, ubicada en el noroeste del Departamento de Artigas. El sindicato fue fundado en 1961 con ayuda de Raúl Sendic Antonaccio –cuadro prominente del Movimiento de Liberación Nacional– Tupamaros y padre del actual vicepresidente uruguayo Raúl F. Sendic– bajo el influjo de un pensamiento de izquierda cuyo programa de transformación de la sociedad había otorgado una centralidad hasta entonces inédita a la «cuestión agraria».

² Raúl F. Sendic utiliza esta expresión en una entrevista incluida en el documental *Yo pregunto a los presentes* producido por el colectivo argentino Cine Insurgente y dirigida por Alejandra Guzzo. La película aborda la experiencia de los ocupantes de tierras de Artigas y la realidad histórica de la tenencia de tierra en Uruguay hasta el 2007.

públicos generosos que favorezcan la diversificación productiva y la construcción de la soberanía alimentaria. Sin dudas estas exigencias desbordan el horizonte político de la máquina desarrollista³. No obstante, es evidente que la (re)aparición de la lucha por la tierra en Bella Unión se asocia al hecho basilar de que el proyecto sucro-alcoholero trató de movilizar en su favor las aspiraciones de un conjunto de personas y los atributos de unas superficies territoriales, que ya estaban entrelazadas en otro devenir colectivo potencial. Un devenir colectivo que se actualiza desde el año 2006 en forma adyacente a la máquina desarrollista, a través de incesantes –y no siempre exitosos– intentos de formar cooperativas agrícolas más autónomas respecto de la empresa alur y de enérgicas solicitudes al Instituto Nacional de Colonización para que entregue más tierras a los trabajadores.

Los actuales dirigentes de utaa consideran que hay que defender y llevar adelante el verdadero proyecto social que el Proyecto Sucro-Alcoholero habría dejado en el camino. La lucha del sindicato viene acompañada por frecuentes intercambios con otros movimientos sociales del país y la región⁴, cursos de formación en técnicas de agricultura familiar autogestionados por los mismos trabajadores en colaboración con la Universidad de la República y reuniones semanales en la sede sindical para evaluar las experiencias vigentes de acceso a la tierra. Cuando nuevas motivaciones políticas entran en escena y la gente sale a la búsqueda de los recursos y las alianzas necesarios para realizarlas socialmente, puede ser que algo del orden de la producción deseante se haya puesto en movimiento. Partiendo de esta hipótesis, elaboré una especie de guía metodológica para poder acompañar el devenir de la producción deseante en una situación marcada por el imperativo desarrollista.

A modo de orientación metodológica general, concibo el proyecto sucro-alcoholero como un verdadero encuentro con el desarrollo en el cual determinado acontecimiento –la ampliación del área de cultivo de la caña de azúcar coordinada por la empresa alur– conduce al montaje de diversos agenciamientos colectivos de deseo que procuran prolongar el acontecimiento inicial con arreglo a cursos de acción diferenciados entre sí. El hecho de

que los agenciamientos colectivos en juego procuren extenderse unos sobre otros –por ejemplo, a través de una «reforma agraria alquilada» que intenta traducir en los términos del curso de acción desarrollista el reclamo de «tierra para el que la trabaja», sostenido desde otro curso de acción– no significa que pierdan su singularidad y su autonomía. Mantenernos fieles a la economía del deseo desplegada por cada agenciamiento requiere poner entre paréntesis por un breve momento los procedimientos de traducción recíproca que pueda haber entre ellos, para tratar de focalizar en los universos de referencias que operan más allá de cualquier traducción/mediación establecida transitoriamente. Pero ¿cómo hacerlo? Presentaré a continuación dos interrogantes que ayudan a precisar los puntos de partida de la analítica del deseo.

- 1) ¿Cómo es posible que se sostenga, aquí y ahora, un conjunto de planteos potencialmente antagónicos (por ejemplo: «tierra para el que la trabaja» y «reforma agraria alquilada») y cuáles son sus horizontes políticos?
- 2) ¿Por qué debe haber una mediación entre ambos planteos?

La etapa actual de la investigación en Bella Unión no me permite todavía responder a estas preguntas, pero lo importante aquí es esbozar algunos criterios de respuesta que evidencien la especificidad del método propuesto. La primera pregunta sugiere la necesidad de emprender un movimiento que parte desde los enunciados actualizados en el presente, en dirección a las articulaciones que los vuelven posibles y los vinculan a un determinado horizonte de imaginación política. Distintos enunciados corresponden, potencialmente, a diferentes agenciamientos colectivos. En Bella Unión hay por lo menos dos agenciamientos en marcha: uno de ellos tiene como institución más visible a la empresa alur y el otro puede ser intuido por la presencia de utaa. De esa forma, todo el esfuerzo de la analítica del deseo consiste en mapear la singular articulación de elementos heteróclitos –mitos, memorias, diagramas organizacionales, flujos de capital, tecnologías de poder, categorías de sujeción, seres humanos y no humanos, etc.– que da consistencia a cada uno de dichos cursos de acción y configura sus respectivos universos de referencia.

Es importante subrayar aquí que un mismo elemento puede ser movilizado en varios agenciamientos colectivos a la vez. Por ejemplo: las mismas tierras agenciadas por alur en función de su estrategia de desarrollo basada en el monocultivo cañero son

³ En otro trabajo (Morales, en prensa) reflexiono sobre la especificidad del neodesarrollismo frente al movimiento y problematizo sus relaciones conflictivas con el horizonte político de los actores sociales movilizados en Bella Unión.

⁴ Entre las organizaciones con las cuales UTAA mantiene intercambios frecuentes se encuentran el Movimiento Sin Tierra (Brasil), el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (Argentina) y el Movimiento Por la Tierra (Uruguay).

también enunciadas en otro agenciamiento –el del utaa – que aborda el uso del territorio y los objetivos de la producción según parámetros estéticos y ético-políticos singulares. En el intento de resolver provisionalmente este tipo de yuxtaposición se establece un sistema de mediaciones que opera en las cercanías del horizonte político-pragmático sostenido por el agenciamiento mejor equipado, es decir, provisto de más recursos (financieros, institucionales, etc.) para resguardar y actualizar las articulaciones que lo sostienen. En las situaciones de mediación el agenciamiento más poderoso pasa a actuar como un «equipamiento colectivo»⁵ que inviste, condiciona y canaliza la producción deseante de otro agenciamiento. Surgen, así, traducciones del tipo: «tierra para el que la trabaja» = «reforma agraria alquilada».

La pregunta número dos funcionaría como una suerte de control para no tomar las situaciones de mediación como el destino natural de la producción deseante. Es siempre importante preguntarse por qué las mediaciones deben ocurrir o, lo que es lo mismo, por qué algunos cursos de acción se extienden sobre otros originando negociaciones y/o traducciones. Para la analítica del deseo no hay contra-tendencias a priori. Hay tan solo tendencias. La «contra-tendencia» es el aspecto asumido por la tendencia cuando hace falta mediarla en campos de fuerza asimétricos donde los recursos se distribuyen en forma desigual. Es fundamental mantener una distinción entre las contra-tendencias que reaccionan tácticamente al «equipamiento colectivo» y, por otro lado, la producción deseante en toda su amplitud «excesiva», que incluye y trasciende las instancias de mediación. La analítica del deseo puede ayudarnos a tomar un poco más en serio el verdadero exceso político-expresivo representado por los agenciamientos colectivos; un exceso que desafía los acuerdos establecidos en el presente y prenuncia su futura desestabilización, manteniendo abierta la brecha entre el deseo de desarrollo y su materialización actual bajo la forma del desarrollo realmente existente.

5. La función de equipamiento colectivo canaliza u obstruye la producción deseante de los agenciamientos de deseo para lograr reproducir –con el mínimo de ruido posible– el «orden de las cosas» preconizado por las instituciones más poderosas (cf. Guattari, 2013). El reparto de la tierra en situación de dependencia técnica y financiera respecto de la empresa ALUR podría considerarse como un efecto de la función de equipamiento colectivo.

A lo largo de este artículo argumenté que la preocupación por la producción deseante permite emplazar los marcos analíticos de la antropología del desarrollo, más allá de la disyuntiva entre estudios centrados en la gubernamentalidad y abordajes enfocados en la agencia. Desde el punto de vista de una analítica del deseo, gubernamentalidad y agencia son la contracara de un mismo plano normativo y organizativo que es inherente a cualquier proyecto de desarrollo. Dicho plano está totalmente orientado a procesar, organizar y normativizar la producción deseante de acuerdo con un marco más o menos flexible –y siempre limitado– de posibilidades de realización. Pero las cosas no terminan allí. El desarrollo también desarrolla un devenir autónomo del deseo que se juega en otro plano de realidad.

Los deseos movilizados en favor del desarrollo no tienen por qué ser negociados exclusivamente en relación con el establishment desarrollista. Nada impide que nuevas máquinas deseantes sean montadas para producir realidades singulares a un costado del *modus operandi* establecido para impulsar los proyectos de desarrollo. Puede ser que estas máquinas deseantes logren informar agencias y contra-tendencias o que, alternativamente, sean cooptadas e impotenciadas por los equipamientos colectivos. Pero también puede ser que se muevan hacia otro mundo de posibles, utilizando las muchas promesas y los pocos resultados del desarrollo como trampolines hacia nuevos horizontes de imaginación política y organización colectiva.

La Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas está intentando desplegar un proceso autónomo de experimentación sobre las tierras y los recursos financieros que le han sido facilitados por el proyecto sucro-alcoholero. Pero ¿hasta qué punto esta máquina deseante seguirá siendo compatible con la estabilidad de la estrategia económica trazada por la empresa alur? ¿Qué tipo de metamorfosis tendrá que atravesar con el paso del tiempo? Estas son preguntas que solo el trabajo de campo prolongado podrá responder. Mientras tanto, quedará resonando la hipótesis de Gilles Deleuze: los agenciamientos de deseo son procesos que «no dejan de fracasar, pero que no dejan tampoco de ser retomados, modificados» hasta la eventual ruptura de los dispositivos de control establecidos (Deleuze, 2003: 320).

BIBLIOGRAFÍA

Arce, A. y Long, N. (2000). *Anthropology, development and modernities*. Londres: Routledge.

De Certeau, M. (2008). *A invenção do cotidiano*. Petrópolis: Vozes.

De Vries, P. (2015). *The Real of Community, the Desire for Development and the performance of Egalitarianism in the Peruvian Andes: A Materialist-Utopian Account*. *Journal of Agrarian Change*, 15 (1), 65-88.

_____ (2007). *Don't compromise your desire for development! A Lacanian/Deleuzian rethinking of the anti-politics machine*. *Third World Quarterly*, 29 (1), 25-43.

Deleuze, G. (2003). *Deux régimes de fous*. París: Minuit.

_____ (1995). *Deseo y placer*. *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, 23, 12-22.

Escobar, A. (1995). *La invención del tercer mundo: construcción y desconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Norma.

Esteva, G. (1996). «Desarrollo» En: Sachs, Wolfgang. *Diccionario del desarrollo: una guía del conocimiento como poder*. (pp.52-78). Lima: Pratec.

Ferguson, J. (1994). *The anti-politics machine: development, depoliticization and bureaucratic power in Lesotho*. Mineapolis: University of Minnessota Press.

Friedman, J. (2006). *Beyond the Post-structural impasse in the Anthropology of Development*. *Dialectical Anthropology*, 201 (30), 201-225.

Gould, J. (2007). «(Dis)assembling development». En: Gould, Jeremy y Siitonen, Lauri. *Anomalies of Aid. A festschrift for Juhani Koponen*. (pp.269-295). Helsinki: Institute of Development Studies University of Helsinki.

Gow, D. (2010). *Replanteando el desarrollo: modernidad indígena e imaginación moral*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.